

EN PUNTO

II Plan de Desarrollo

ALZAS DE PRECIOS PERMANENTES

Sin duda, la noticia más importante de estos últimos días, en lo que se refiere a la coyuntura económica española, es la que recoge la evolución de los precios y del índice del coste de la vida durante el pasado mes de abril. Según el I. N. E., el índice general de precios se ha elevado en un 2,3 por 100 sobre el mes anterior, incremento muy importante, máxime si se considera que en el texto del Plan se prevé un aumento de sólo el 3 por 100 para todo el año, fijándose como límite «alarmante» el de un 2 por 100 para todo un trimestre. En ese aumento han jugado un papel fundamental las alzas —record— experimentadas, de marzo a abril, por los productos agrícolas, 5,7 por 100, tasa que, incluso para un período anual, sería excesivamente elevada. A su vez, el índice general del coste de la vida ha experimentado en ese mes un incremento del 1,19 por 100, tasa también enormemente significativa.

De esta forma volvemos a enfrentarnos con otra paradoja —aunque sólo aparente— de la economía española: estos incrementos se producen en un período en el que los precios están congelados por Decreto, y en el que, además, existe un estricto control limitativo de los aumentos de los salarios. Todo lo cual no constituye sino un eslabón más de esa larga historia —que caracteriza amplias etapas de nuestra economía— de intervenciones sobre los precios a través de medidas emanadas de un voluntarismo jurídico, seguidas de un incumplimiento sistemático de las mismas, con la aparición de mercados auténticos gobernados por la oferta y la demanda, como se ha recordado, no hace mucho, por el profesor Fuentes Quintana.

De igual forma puede constatararse

cómo, por tercera vez consecutiva —aunque en esta ocasión con mayor estridencia o solemnidad, como se quiera—, una de las señales de alarma introducidas por el II Plan de Desarrollo —y cuyo funcionamiento se preveía excepcional— reaparece en escena, convirtiéndose, de esta guisa, en el más fiel y, a la vez, escandaloso acompañante del sufrido personaje central del drama: la economía española. Es como si se quisiera recobrar para el II Plan —con este ruidoso acompañamiento— una atención y un impacto entre la opinión pública que no tuvo en los momentos de su elaboración y aprobación. ¡Cuán equivocados estaban los que, para distinguirlo del I Plan, denominaron entonces al II, «El Plan Silencioso»!

Por nuestra parte, nos basta recordar cómo, hace ya varios meses, señalábamos que el problema fundamental que se iba a plantear era si la recuperación de la actividad económica, que desde finales de 1968 comenzaba a advertirse, podría ser controlada y dirigida por la política económica sin producirse fuertes alzas de precios que marcaran a la nueva etapa, desde sus inicios, con un signo fuertemente inflacionista de características análogas, aunque de mayor gravedad, a las de períodos anteriores. De hecho, estos últimos datos vienen a mostrar las contradicciones entre los objetivos a largo plazo de la política económica y las medidas que configuran la coyuntura económica a corto plazo. En definitiva, puede afirmarse, una vez más, que, dado el cuadro de relaciones que definen a la economía española, el crecimiento capitalista es sólo ya posible planteando como una alternativa inflacionista, que tenderá a agudizarse, sin duda, en los próximos meses. ■ A. L. M.

INDICES DE PRECIOS AL POR MAYOR

INDICE GENERAL	GRUPOS ESPECIALES			
	P. AGRICOLAS	P. AGRICOLAS INDUSTRIALIZADOS	P. INDUSTRIALES	
Marzo	199,9	223,9	205,8	188,8
Abril (avance)	204,5	236,2	206,0	187,1
% de aumento	2,3	5,7	5,7	0,2

Fuente: I. N. E. (Servicio de Coyuntura).

Lorenzo Villalonga

UN GRAN AUTOR TEATRAL

Dentro del espectáculo «Amics i coneguts», subtítulo «Varietats per a gent d'ordre» —variedades para gente de orden— que, con el total apoyo e identificación de Nurla Espert, acabo de tener el alto y áspero honor de montar en el Pollorama, ha figurado un texto que —al margen ya del espectáculo en cuestión— resulta difícilmente igualable dentro de todo el panorama del moderno teatro español. Me refiero a «La Tuta i la Ramoneta», breve obra maestra (diez minutos de duración) del mallorquín Lorenzo Villalonga, escrita en lo que él califica de «dialecto barcelonés», y, a mi modo de ver, inmerecidamente inadvertida —con independencia de cualquier juicio sobre la representación— en su primera comparecencia escénica. Po-

cas cosas he leído o visto en mi vida que resulten, a un tiempo, tan críticas y tan divertidas, tan agudas y tan aparentemente triviales, tan ligeras y tan crueles. Vemos, simplemente, cómo una madre de familia bienpensante asesina a la hija frívola —la Tuta— y cómo la otra hija —la Ramoneta— ha de asumir el papel de Tuta para que los demás no adviertan el homicidio. La historia glosa una frase popular barcelonesa referida a esa doble cara de la conducta social: hacer la Tuta o la Ramoneta según sople el viento.

La obra tiene cuatro personajes fundamentales. Los ya citados Tuta y Ramoneta, más la «Yaya», entendida como institución, como personaje experto avezado a salir de las más difíciles situaciones, y la «Madre», verda-



AQUI
ME TIENE
USTED
DON JOSE:
A LO QUE
CAIGA



CHINY
CAYUETZ

art buchwald

ENFRENTAMIENTOS DE GENERACIONES

WASHINGTON.—Ahora se está descubriendo que hay enfrentamientos de generaciones en la juventud norteamericana. Ha quedado anticuada la distinción de "mayores de treinta años".

Un amigo mío, de veintitrés años, recientemente graduado en la Universidad, me decía: "No sé qué les está pasando a los muchachos en la Universidad. A veces me da la impresión de que no puedo entenderme con ellos. Cada vez que trato de entrar en una discusión me dicen que soy muy viejo para entender sus problemas y que gentes como yo estamos comprometidas con un sistema que hay que destruir. Mi propio hermano, el menor, dice que es inútil tratar de cambiar mi forma de pensar".

Pocos días después hablé con el hermano menor, diecinueve años, y me dijo: "Al menos nosotros sabemos qué queremos: una educación mejor, la abolición del servicio militar y de los cursos para preparar oficiales de reserva y poner fin a la guerra de Vietnam, destruir el complejo militar-industrial y la Dow Chemical Company. Pero esos muchachitos de dieciséis o diecisiete años no saben lo que quieren. Desean destruirlo todo. A veces, cuando se mezclan en nuestras reivindicaciones, siento miedo".

Un vecino —dieciséis años— declaró que su grupo era moderado comparado con el de los de catorce y quince años. Me preguntó: "¿No ha intentado hablar con un muchachito de esos sobre cualquier problema? No quieren escuchar a nadie. Dicen que si los que tenemos dieciséis y diecisiete años no estamos de acuerdo con ellos, que no nos necesitan. Afirman que hemos sido nosotros los que hemos complicado todo y que harán lo que les parezca. Ahora bien, si les pregunta qué es lo que realmente quieren, no sabrán responderle".

Dos estudiantes de quince años dijeron: "Nosotros sabemos lo que queremos. Tenemos derecho a conducir coches. ¿Por qué se les va a permitir a los de dieciséis y diecisiete? Si tenemos edad para ir al colegio, la tenemos también para llevar un coche. Estamos cansados que los de diecisiete años nos traten como a chiquillos. Y no lo toleraremos. Les conviene oírnos porque de lo contrario tendrán que enfrentarse con los de trece y, entonces, que el cielo les ayude...".

—¿Tan malos son los de trece?

—No tienen ni idea. Son un hato de revoltosos. Todo se les ha puesto en bandeja de plata, mientras nosotros sabemos lo que es luchar por algo. Ellos, que están casi todavía en pañales, pretenden aconsejar a los adolescentes...

Busqué a un muchacho de trece años y me dijo lo siguiente: "Ciertamente, los de diez años y menos dan muchos disgustos. Exigen una participación estudiantil igual a la de los mayores, la dirección del consejo estudiantil, asistir a nuestros bailes, comer en nuestras mesas, graduarse un año antes. Necesitan mano dura". Supuse que en esto se terminaban las brechas entre generaciones, pero no. Una amiguita de mi hija —once años— me dijo que resultaba prácticamente imposible entenderse con los niños de ocho o nueve años. "Todo lo estropean, ensucian el autobús del colegio, siempre están haciendo ruido, dicen palabrotas, son mequetoros...".

Al día siguiente hablé con un niño de nueve años, quien me confirmó hasta qué punto se han abierto las brechas generacionales. "Si usted piensa que nosotros somos perversos —dijo, mientras lanzaba una piedra a un gato— debería darse una vuelta por el kindergarten".

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc.—Agencia Zardoya.)

dera «responsable» del orden externo o de las apariencias. El estilo es agresivo, violento, esperpéntico, con trazos de retablo, y, a la vez —y esta es la genialidad de Villalonga—, benaventino, coloquial, con apartes y confidencias de las actrices, empeñadas en identificarse con las elegantes señoras de la platea. Diríamos que las dos veredas del teatro español se entrecruzan por un momento, la de «La casa de Bernarda Alba» y la de todo el teatro benaventino de las «apariencias», y que de este cruce —dominado por el humor y el humanismo de Villalonga— surge una particularísima combinación de luz y negrismo, de sabia trivialidad y violencia crítica. Todo ello, como es lógico —y va siendo exigencia de cualquier manifestación artística moderna—, sin ese «realce artístico», sin ese «dorar la píldora», que, para las viejas mentalidades, es sinónimo de «arte». No, no, el caso de Villalonga es otro. Se divierte, expone agresivamente una serie de contradicciones morales, se abandona a su propia poética, y cuando ha consumido el retablo, baja el telón.

Villalonga es una figura fundamental en el ámbito cultural de lengua catalana. Nacido en Mallorca —donde vive—, en 1897, escribió a los veinte años la que aún se considera su mejor

y más famosa novela, «Mort de Dama», comienzo de una vasta obra literaria. Dentro de esta obra figuran varios dramas, como «Fausto» (1956), «Fedra» (1955) y «Aquiles o el Imposible» (1964). Quizá, sin embargo, la incorporación de Villalonga a la escena española —y, si el conservadurismo barcelonés lo tolera, a la escena catalana— deba producirse a través de las piezas cortas que Jaime Vidal Alcover, otro brillante escritor mallorquín, tituló «Desbarats», o sea, «Disparates».

Figuran en el volumen titulado y prologado por Vidal Alcover trece obras breves, una de las cuales es «La Tuta i la Ramoneta», estrenada ahora por Nuria Espert, Julieta Serrano, Guillermina Motta y Carmen Liaño en los cuatro papeles fundamentales. Vuelvo a decir que no me refiero, en absoluto, a una versión escénica en la que he tenido parte. Pero me gustaría que se dedicase una mayor atención a Lorenzo Villalonga y que sus «Desbarats» se citasen siempre en esa breve relación de teatro español contemporáneo, y, sin embargo, de nuestra época. Paradoja que, claro está, no han advertido cuantos quieren un teatro actual que, sin embargo, dé por buenos todos los principios establecidos. ■ J.M.

LA GUERRA NO ES COSA DE JUEGO

¿Quiénes son los responsables?

Ante «The war game», el estremecedor documento de Peter Watkins, conviene hacer dos consideraciones previas: 1.º Es un film realizado en 1966. 2.º Es una producción destinada a la televisión.

La fecha de su realización no indica, como en otras ocasiones, que la película haya perdido algunas de sus cualidades, que el paso del tiempo haya actuado negativamente sobre su significación. Al contrario. Si en algo ha beneficiado a «The war game» el

retraso con que ha llegado a las pantallas españolas ha sido en el acrecentamiento de gravedad de la situación que se expresa en el film. Efectivamente, uno de los datos que el comentario proporciona es que el almacenamiento de bombas y misiles nucleares se ha duplicado desde 1961 a 1966, y añade que en los próximos años, en el siguiente quinquenio —es decir, en el momento que estamos viviendo ahora—, se triplicará. Así, pues, el horror que se desprende de las imágenes del

